

XI.

No hay palabra que conmueva el corazón y cautive la inteligencia, como la palabra «libertad.» Al oírlo, el hombre se siente mayor, y toda la fuerza de su naturaleza moral se revela claramente á su conciencia. Colocado el hombre entre la naturaleza y Dios, anillo misterioso que une lo finito con lo infinito, sus sentimientos son como el lazo que le ata á la tierra, sus ideas como la primera luz del cielo, y sólo por su libertad se pertenece á sí mismo, como sér en sí responsable de sus obras y de su vida. Por eso, sin duda, las generaciones en su peregrinacion por la tierra, han buscado la libertad; por eso la historia está llena de guerras tremendas; las ciencias de aspiraciones generosas, encaminadas todas á recabar esa ley misteriosa de nuestro sér, que se llama libertad. Palabra divina, que ha poblado de artistas, de héroes, de mártires la tierra; que ha inspirado gene-

rosos sacrificios; que centellea en la frente de los poetas, cuando abren las alas de su imaginación; que inunda de luz el alma del filósofo, cuando se arroba en contemplar la verdad; palabra que pronunciaban los que morían por la patria en las Termópilas, y los que morían por Dios en los Circos romanos, y los que morían por la humanidad en las grandes primeras guerras de nuestro siglo; palabra que está escrita al frente de nuestros códigos, en el libro de nuestras constituciones, que está grabada indeleblemente en nuestra conciencia; palabra, por la cual se han sacrificado infinitas generaciones, y que resuena como un eco sin fin desde las primeras hasta las últimas páginas de la humana historia.

Pero, fuerza es decirlo, la libertad no ha sido bien comprendida, no ha sido alcanzada, no ya como derecho ó como institución social, como idea, hasta nuestros tiempos. Véase, si no, el libro de la historia, y se comprenderá que la libertad ha sido el dogal con que el fuerte, el poderoso ha oprimido al débil, al humilde. En el oscuro fondo de las primitivas sociedades, no había libertad sino para el sacerdote. El que velaba al pié del altar de los groseros primitivos dioses, ese tenía conciencia, voluntad, razón. Los demás hombres, sometidos á su dominio, eran como las gradas de su trono, como las piedras inertes y frías de su altar. Después el dominio de la sociedad pasó de los sacerdotes á los guerreros: el que había forjado una espada, el que había consigui-

do más victorias, el que había esterminado más ejércitos, ese era hombre; los demás que le rodeaban, eran sus instrumentos de muerte, eran como su lanza, como su escudo, como su caballo. Vinieron otros tiempos, amaneció otra idea en el horizonte, y así como ántes lo fueron todo ciertas clases sociales, después lo fué todo el Estado. Ante esa deidad, que vivía devorando y rumiando sus hijos, desaparecía la conciencia, la voluntad, la razón del hombre. El Estado envenenaba á Sócrates, abría las venas de Séneca, crucificaba á Jesucristo. El Estado dominaba desde el seno de la conciencia, último refugio de la libertad, hasta el seno del hogar doméstico. Amaneció más tarde una luz divina en el cielo, una nueva revelación en el espíritu del hombre. La humanidad supo cuál era su destino religioso, cuál era la justicia divina. Esta justicia tenía por base la libertad del hombre, sólo por ser hombre, y la libertad tenía por base la igualdad de todos ante Dios. Mas esta revelación de la verdad no pasó de la esfera religiosa á la esfera social.

El gran cataclismo del mundo antiguo, el nacimiento de una nueva edad, la muerte de la religión de la naturaleza, la caída de tantos dioses, la ruina de tantas instituciones, la irrupción general de pueblos bárbaros que cubrieron con sus bandas la tierra á manera de inmensa nube de langosta, el dolor intensísimo que sentía en sus entrañas la humanidad al producir un nuevo elemento social, todo

esto trajo consigo la inevitable necesidad del feudalismo. Entonces solo hubo libertad para los señores y esclavitud para los demás hombres. El noble, es decir, el fuerte, el poderoso, levantaba su vivienda, como el águila, allá en el pico de las montañas; la fortalecía contra todo peligro, la poblaba de soldados, la aislaba con fosos, con muros, con rastrillos; y en su interior, apercebidos siempre caballo y lanza á la pelea, vivía dictando leyes, recogiendo para sí los frutos del trabajo de sus siervos, dominando sobre toda la comarca con poder absoluto ó incontrastable, de tal suerte, que en más estimaba sus ganados que sus vasallos. Allí no había más hombre libre que el señor feudal. Es verdad que al lado del castillo se levantaba el municipio; es verdad que el municipio escribía venerandos códigos y forjaba derechos progresivos; es verdad que en esta suerte de pequeñas repúblicas se conservaba el fuego sacro de la libertad; pero esta libertad era particular, prendida á la tierra como las raíces de un árbol, encerrada dentro de los límites de un corto horizonte; libertad que hacía más dura y más triste y más penosa la condicion de los siervos amarrados al pié del castillo feudal. Vino otra nueva edad: los reyes, sobreponiéndose al feudalismo y al municipio, destruyeron y enterraron la Edad Media; con una mano rasgaban los fueros de los señores, con la otra los fueros de los pueblos; arruinaban los castillos, y arruinaban tambien los ayuntamientos; hacian

entrar todos los fueros particulares, todas las libertades fraccionadas, todos los elementos sociales, todos los derechos y todas las tiranías bajo las ruedas de su poder nivelador, de su poder absoluto, llegando así socialmente todos á la deshonrosa igualdad de la servidumbre. El noble fué criado del rey; el plebeyo, vasallo del rey. No hubo más que un hombre libre, el rey.

Mas cambiaron los tiempos. Aquella igualdad en la servidumbre era una gran enseñanza para los hombres; y adivinaron que, así como eran iguales en la esclavitud, podian ser iguales en la libertad. Entonces el espíritu de la revolucion, traído en alas de la tempestad, se apoderó del hombre, y agitándole y enfureciéndole como el espíritu divino á la Pitonisa de Delfos, le inspiró el gran cántico de la libertad, el Evangelio social, la declaracion de los derechos del hombre. En el Sinaí de la revolucion, cuando la tempestad se desencadenaba sobre el mundo, cuando el rayo hervía sobre todas las cabezas, cuando iba á caer una lluvia de sangre, como nuevo bautismo de la humanidad regenerada; el espíritu humano, hablando por boca de la Francia, arrojó en el mundo la santa idea de la igualdad civil, de la igualdad política, de la verdadera libertad.

Mas sucedió con la revolucion francesa lo que antes habia sucedido con el cristianismo. Como la verdad religiosa no pasó de la esfera divina, como no pasó de la conciencia á la política, la revolucion

francesa no pasó de los códigos civiles á los códigos políticos. Bien pronto la clase media, que se habia despertado al grito de la revolucion; la clase media, que habia sido la depositaria del poder en la Asamblea Constituyente; la clase media, que habia acabado con las últimas sombras del feudalismo; la clase media, que habia uncido á su carro triunfal los reyes, quiso alzarse con todo el poder, sin dar parte alguna al pueblo, que la habia auxiliado en su demanda con sus ideas y con su sangre. La clase media, menos gloriosa que la antigua aristocracia, no fué menos injusta. Olvidó bien pronto que su frente habia estado taladrada con el clavo de la servidumbre; que su hogar doméstico habia sido violado por la tiranía; que sus padres habian regado de sudor y sangre la tierra para alimentar á sus voraces señores; que su cuna era la misma cuna del pueblo, el dolor y la servidumbre; y enriquecida con la desamortizacion, con los restos de la fortuna del clero y la nobleza, y embriagada en el festin de su victoria, y orgullosa como todos los vencedores, cayó en la injusticia; y no sabiendo á qué precio vender la libertad y el derecho, los vendió vilmente por miserable oro. Sí; el privilegio continuó, la libertad se fraccionó, la libertad se perdió, la libertad no luce aun, no, en Europa. Todos sois iguales ante la ley; pero yo que soy gobierno, dijo la clase media, nombraré los tribunales. Todos tienen opcion al derecho; pero sólo el rico puede entrar en los co-

micios, sentarse en las Cámaras. Todos podeis publicar libremente vuestras ideas; pero á fin de probar la alteza de vuestra inteligencia, es necesario que me mostreis oro, mucho oro. Sin dinero que os rescate de la servidumbre, no podeis ser libres. Todos sois iguales ante el impuesto; pero yo, clase media, que doy los diputados, los ministros, los empleados, los alcaldes; yo, solamente yo, puedo votar y distribuir los impuestos. La libertad, emanacion de Dios, esencia de la naturaleza del hombre, alma de su alma; la libertad, por la cual se habian sacrificado tantas generaciones y habian venido á la tierra tantas tempestades; la libertad, que el Criador repartió igualmente entre todos los hombres; la libertad, que habia sido sellada con divina sangre en el altar del Calvario; la libertad fué vilmente vendida de nuevo, vilmente sacrificada, obligándola á llevar la coyunda de la grosera materia bruta, cuando ha descendido pura como el espíritu, inmortal como el hombre y divina como su origen, de los mismos cielos.

Es necesario, pues, que la libertad sea verdad. Importa poco que el poder esté en manos de uno, ó en manos de muchos, si ese poder es tiránico é injusto. En materia de tiranía, estaremos siempre por la más sencilla, por ser la menos gravosa. Y [todo poder que no se funda en la justicia, es tiránico; así como toda justicia que no se funda en la igualdad, es absurda y desmiente y contradice su propia na-

turaliza. Nosotros creemos que las sociedades no estarán organizadas con arreglo al ideal de la verdadera justicia, hasta que no hayan consagrado todas las libertades, y que todas las libertades no pueden existir, sino basadas en su idea capital, en su idea madre, en la igualdad. Por eso no es libertad la que solo consiste en los privilegios de una aristocracia, no es libertad la que públicamente comercia con el derecho y lo tasa, aunque sea á vil precio.

Pero nosotros aun creemos más: conceded el derecho de sufragio á todo un pueblo, ceñidle la corona de su soberanía, rodeadlo de todo el poder imaginable, y dejad á su libre arbitrio la justicia, el derecho; y habreis constituido una tiranía aun más temible que la tiranía de los reyes, y habreis matado la libertad con muerte más certera y más dolorosa. No; la democracia no quiere ninguna tiranía, no quiere ningun despotismo, ni el despotismo de los sacerdotes, ni el de los guerreros consagrado en Oriente, ni el despotismo de la sociedad consagrado en Grecia y Roma, ni el despotismo feudal consagrado en la Edad Media, ni el despotismo de los reyes consagrado en el Renacimiento, ni mucho menos el despotismo del pueblo, que quieren, con grave daño de la libertad, consagrar algunas escuelas que se llaman á sí mismas liberales y progresivas.

Nuestra fórmula es sencilla, es clara: contra el derecho no hay derecho ni en los monarcas, ni en las asambleas, ni en los comicios donde se reune todo

un pueblo. ¿Qué importa que mi derecho esté al arbitrio de un rey, ó al arbitrio de una asamblea? ¿Qué me importa que me lo arranque un tirano, ó que me lo arranque un pueblo? Hay algo superior á todo poder, más alto que toda soberanía, más fuerte que toda voluntad, más respetable que toda tradición, y es la ley de la naturaleza humana, grabada por Dios en mi conciencia con la misma fuerza con que ha grabado la ley de gravedad en los cuerpos. Mi derecho es mi vida, mi derecho es mi sér; es al espíritu lo que el espacio es al cuerpo. Y por eso en una sociedad justa, todo poder, llámese como se quiera, todo poder habrá de respetar la conciencia, la voluntad, la razon del hombre, encarnadas en grandes instituciones, como la prensa, el jurado, el sufragio universal. Y esta es la verdadera libertad; la libertad, que no levanta una clase sobre los hombros de otra clase; la libertad, que no pregunta al hombre ni por su cuna, ni por su oro, sabiendo que todo hombre es hijo de Dios, y que el asiento incontestable del derecho es el alma; la libertad justa, que se manifiesta á todos igualmente, que se extiende sobre todos los hombres como los arreboles del cielo, como los rayos del sol.

La libertad es una é indivisible; penetra toda el alma, como el aire circunda todo el cuerpo. Si esclavizais una facultad del alma, si oprimís alguna de las manifestaciones de nuestro sér, habeis esclavizado y oprimido todo el hombre. Nada importa

que dejais libre su voluntad, si dejais esclava su razon; la voluntad, sin la razon que la guie, se despeñará en los abismos, como nave sin timon ó sin piloto. Pero nada importa que dejais libre la razon, si esclavizais la voluntad; porque la libertad de la razon, sin la libertad de la voluntad, será como un alma sin cuerpo, como una idea sin forma, como un principio sin consecuencias. Y no importa que liberteis la razon y la voluntad, si esclavizais la conciencia; cualquiera que sea el altar donde se sacrifique, la libertad se perderá en lo vacío, como la nube de humo de los holocáustos paganos. Nada importa, en fin, que liberteis del yugo á una de las facultades humanas, si no las libertais á todas; porque será lo mismo que si ligais un miembro del cuerpo y lo separais del movimiento de la vida y de la circulacion de la sangre; pronto vendrá á entorpecer la vida de todo el cuerpo.

Cuanto más miramos esta teoría; más verdadera nos parece; como que es la consecuencia social de toda la civilizacion presente. Mirad, si no, el movimiento de la historia moderna, y vereis como esta misma verdad que nosotros sustentamos en política, se reconoce en religion, en filosofía, en ciencias, en artes, en códigos, en toda la gran evolucion del pensamiento humano. Los pueblos antiguos tenian cada uno su religion privilegiada, su religion particular, su Dios, que amaba á su pueblo y aborrecia á los demás pueblos; que ofrecia una recompensa á los

sacerdotes, y otra á los guerreros; que guadaba un cielo para los libres, y otro cielo distinto para los esclavos; religion de privilegio, que no murió hasta que Jesucristo vino del cielo á predicar un solo Dios para toda la humanidad, padre de todos los hombres, justo, igual para el pobre que para el rico; un Dios, en cuya presencia no hay gerarquías sociales; un Dios, que mira á cada uno segun sus obras, y no segun su cuna; Dios justo, eterno ideal de la moderna civilizacion. Y esta es la democracia religiosa.

Y lo que sucedió primero con la religion, sucedió más tarde con la ciencia. Las escuelas filosóficas eran una aristocracia científica. Se creia más venerable el principio más antiguo. Aristóteles era un tirano, que ungia con su óleo todas las conciencias, y solo la razon por él unguida era una razon verdaderamente filosófica. La palabra del maestro pasaba de generacion en generacion, aumentada, convertida, desfigurada, y la palabra del maestro era la única autoridad de la ciencia. Para saber, lo que menos se necesitaba era pensar; lo que más se necesitaba era aprender. La tradicion y la autoridad habian absorbido al único instrumento de la ciencia, al raciocinio. Y un dia se levantó un filósofo y dijo: en la razon se encuentra la base de la ciencia. Y desde que este nuevo Sócrates apareció en la historia, todo ha cambiado de rumbo, y el pensamiento humano ha comprendido más claramente su inmortal destino. Y esta es la democracia filosófica.

Y lo que sucedió con la filosofía, sucedió con las ciencias naturales; que cuando un principio es verdadero, llega hasta tocar la raíz misma de la vida. Las hipótesis tradicionales se encadenaban de generación en generación. Pero Bacon dijo: es necesario basar las ciencias físicas en el hombre, en su observación y en su experiencia. Y desde entonces, las fuerzas del hombre se han centuplicado; su mirada se ha perdido en el éter y ha contado los astros; su pensamiento enlaza en armonías unos seres con otros seres; sus fuerzas domanan todos los elementos; su poder llega hasta aproximar el rayo y esclavizar el vapor y la electricidad.

Y esto mismo, en una palabra, ha sucedido en todas las ciencias, en todas las manifestaciones sociales. La economía política se enlaza con el derecho, y en nombre del derecho pide las libertades económicas. Los códigos civiles se fundan en la igualdad, y por la igualdad explican y abonan la justicia humana. Lo que es verdad en religión, en filosofía, en las ciencias naturales, en la economía política, ¿no ha de ser también una gran verdad social?

Contra estas verdades no se oponen nunca objeciones capitales; el temor á la anarquía, el recelo de gravísimos desórdenes, hé aquí todo cuanto se dice en contra de nuestra teoría. Nosotros creemos que la palabra *libertad* y la palabra *orden* son dos términos de una ecuación, como la palabra *autoridad* y la palabra *razón*. No hay orden sin libertad, no

hay libertad sin orden, como no hay autoridad sin razón en que se apoye, ni hay razón que no lleve en sí virtualmente la autoridad. La confusión, el desorden, nacen de la injusticia, de permitir á unos lo que se niega á otros, de basar el derecho en el oro, de establecer privilegios iníquos, de matar la libre actividad del pensamiento, de menospreciar la naturaleza humana, de violar la inviolable conciencia, de perseguir hasta en el cerebro el espíritu, de ahogar todas las voluntades bajo la voluntad de un tirano, de consentir que pesen aun sobre los hombres los últimos eslabones de la cadena que han roto á tanta costa, después de tantos y tan largos martirios; confusión y desorden que no cesará hasta que no se consagre la verdadera libertad, la única que es posible, la libertad que ordena y concierta todas las voluntades y devuelve al hombre la integridad de su ser.

Si esta libertad hemos sostenido siempre, hoy como ayer, esta sostendremos mañana como hoy. Nuestra política está basada en algo más respetable que la tradición y la rutina y el interés de partido; en la naturaleza del hombre. Queremos levantar al oprimido, pero no convertirlo en opresor; queremos destruir el privilegio, y no que el privilegio venga á nuestras manos; queremos justicia para los mismos que han sido injustos; queremos ser verdaderamente hermanos de los que nos han llamado enemigos, y dar libertad á los que han remachado nuestros hierros. La venganza no es propia de corazones

generosos. El terror y la muerte todo lo agostan, todo lo aniquilan, los abrojos y las flores. Pedimos la abolición de toda tiranía, porque no queremos que los esclavizadores sean esclavos; pedimos la muerte de todo privilegio, porque no queremos que los privilegiados sepan cuán duro y amargo es sufrir la injusticia de los privilegios; queremos que caigan los cadalsos; que se acabe la guerra del hombre con el hombre; que las revoluciones se realicen allá en las esferas de la ley, sin conmover la sociedad; que los pueblos se unan; que todas las inteligencias abran sus alas á la luz del día; y porque deseamos todo esto, defendemos la verdadera libertad, que es la democracia.

La condición de toda verdadera libertad es la igualdad. Esta santa idea de la igualdad natural de todos los hombres ha sido desconocida, negada en la historia antigua, en la antigua sociedad. La casta por largo tiempo ha rebajado á la humanidad, ha dividido la familia, que Dios creó una en esencia. Existió primero la casta de las razas, pues unos nacían para el poder, otros nacían para la esclavitud, según la cuna que al nacer los había recibido en su seno. Existió después la casta de la patria. El que había nacido en Roma ó en Atenas, ese era hombre; los que habían en otras regiones del mundo nacido, esos eran bárbaros. Existió después, cuando ya el cristianismo había sonreído en la conciencia humana, la casta de la propiedad. El que poseía inmensos territorios, fuertes y murados castillos, ese era hombre, sus trabajadores eran siervos. La injusticia mu-